

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia



Suscripción.—En la Península: Un mes, 1.50 ptas.—Tres meses, 4.50 id.—En el Extranjero: Tres meses, 10 id.
La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.
Redacción, Mayor, 24.—Administración, Mayor 18.

Condiciones.—El pago se hará siempre adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Correspondencia de París, Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.—Mr. George W. Fiske, 21-Park Row, New-York.—La correspondencia al Administrador.

CURIOSA INTERVIEW

El Tribunal industrial de la vecina ciudad de La Unión, pronunció hace pocos días, un fallo que ha tenido gran resonancia allí y fué comentado en la prensa de esta localidad y aun en la de Murcia.

Por él han sido condenadas personas muy caracterizadas del conglomerado izquierdista de La Unión, a satisfacer á varios tartaneros y otros modestos industriales, el importe de ciertos suministros y servicios facilitados con motivo de la elección á diputados á Cortes de los Sres. García Vaso y Duque de Pastrana, cuyos nombres han frizado en todas las actuaciones que originó la reclamación de aquellos industriales y en los comentarios que ha suscitado el ruidoso fallo.

Esta última circunstancia, en contraste con antecedentes del público dominio, sobre la manera rápida y cabal con que el señor Duque de Pastrana satisfizo cuantos gastos le correspondieron en las elecciones generales de Mayo último excitó nuestro deseo de investigar las causas de que el respetable nombre de tan ilustre prócer, apareciese mezclado en una mezquina cuestión de ochavises. Y nos entrevistamos con una persona muy relacionada con el señor Duque, que ha satisfecho nuestros deseos con la exquisita amabilidad y discreción que le caracterizan, y tan cumplida y detalladamente como podía hacerlo, por haber intervenido de un modo directo y activo, en todas las incidencias anteriores y posteriores de aquella elección.

La gran solvencia moral del interpellado cuyo nombre no estamos autorizados todavía para hacer público, dá á sus informaciones una autoridad irrecusable que permite sostener la conclusión de que el Sr. Duque de Pastrana ni las personas de su absoluta confianza que mediaron en los detalles todos de su elección, tienen nada que ver con el juicio substanciado en la vecina ciudad de La Unión.

Son muy interesantes los datos que nos facilitó nuestro amable interpellado y no podemos resistir la tentación de darlos á conocer al público. Los expóndremos como nos fueron

comunicados, omitiendo sólo algunos conceptos y frases que, por la viveza de palabra, de intención y de ingenio del interpellado, resultaron demasiado reales.

REPORTER.—¿Ha visto V., amigo D. J., el relato que hacen los periódicos del fallo dictado contra unos señores que no querían pagar en La Unión, parte de los gastos ocasionados en la elección de los Sres. García Vaso y Duque de Pastrana?

D. J.—Sí amigo D.; es lamentable que al cabo de ocho meses! vaya rodando por los Juzgados y por los periódicos, el nombre de mi respetable amigo, el Duque de Pastrana y que los que á ciencia cierta saben que este Sr. no debe ni haber debido un solo céntimo por aquella elección no hayan hecho, como estaban obligados á hacerlo, la salvada necesaria para apartar su nombre de esa cuestión de pesetas.

R.—Estamos conformes: pero permítame V. que insistamos en la cuestión. Para dar lugar á esa confusión de nombres, y á que figuren solo los de dos de los candidatos, es preciso que los gastos de la elección de ambos Señores, se hicieran mancomunadamente; ¿fue así?

D. J.—Sí, Sr. así fué; pero aseguro á V. que todos los gastos que correspondieron en esa sociedad á mi amigo el Duque, fueron satisfechos; y en poder de quien no tiene inconveniente en enseñarnos, obran los justificantes.

R.—¿Cómo pudo formarse esa sociedad á que V. se refiere?

D. J.—Es muy sencillo. Me encontraba yo en la Audiencia de Murcia el día de la proclamación de candidatos para Diputados á Cortes, cuando se me acercaron dos caballeros de Cartagena: el uno, un muy rico propietario, excelente amigo mío, dueño de muchas fincas y de varios automóviles, y el otro, el candidato á Diputado, más conocido y popular en Cartagena, de entre los que se presentaban como liberales monárquicos por esta circunscripción. Hablamos de las elecciones que se avecinaban y el rico propietario me dijo: Y bien D. J. ¿cómo vamos á arreglar los gastos de la elección? porque yo

corro con todos los gastos de la elección de este —dijo señalando al candidato popular.—¿Pero y de los gastos de los Señores Bañer y Duque de Pastrana? Como se encontraba cerca el Duque, fuí á verle, le expuse lo manifestado por el rico propietario y juntos volvimos á reunirnos con los cartageneros. El Duque manifestó que al Sr. Bañer, debía descartarse de toda participación en los gastos, porque, según sus noticias, retiraría su candidatura. Y entonces, de completo acuerdo, se estableció que los gastos que ocasionara la elección los ordenara, interviniera, y pagase el Diputado popular, mejor dicho el amigo del Diputado popular, y el Duque satisficiera á este la mitad de su total importe, en cuanto este se le comunicase. El Duque añadió, que en toda la parte de la circunscripción donde sus amigos intervieran la elección, y se trataba de pueblos muy importantes, no resultarían gastos.

R.—Hombre, si que es curioso ese pacto; ¿y se cumplió?

D. J.—Al pie de la letra: se verificó la elección y á los pocos días recibí la visita de un hermano del Diputado popular que me presentó una cuenta de los gastos que había originado la elección del Sr. Duque de Pastrana y del Diputado popular; pagué la mitad de la factura sin añadir más que el total, que es lo que se usa en esta clase de cuentas, é hice que pusieran una nota al pie del documento, expresando que el Duque estaba completamente saldado; de los gastos de la elección, ya que yo tenía en mi poder los demás justificantes de los gastos, en el resto de la circunscripción.

R.—¿Entonces quedarían ahí terminadas las consecuencias del pacto?

D. J.—No. Quince días después, recibí otra visita del mismo hermano del Diputado popular, con otra factura reclamando algunas pesetas más y explicando que por olvido se omitió la inclusión de aquellas partidas en la primera cuenta.

R.—¿Y usted que hizo?

D. J.—Respondí que, habiéndole participado ya al Duque, dejando satisfecha su impaciencia por saldar los gastos suyos, que éstos habían sido pagados por entero, no podía abonar la nueva cuenta sin antes transmitir á mi amigo la explicación necesaria. Y en eso quedamos; pero antes de que yo pudiera realizarlo,

el Sr. Duque, á quien le remitieron directamente la nueva cuenta, la pagó sin objeción.

R.—¿Y ascendió á mucho la parte que correspondió al Duque en aquellos gastos á medias?

D. J.—Eso no debo decirlo. No quiero que nadie pueda suponer en el Duque ó en mí, alarde ó vanagloria de haber gastado sin ton ni son.

R.—¿Y de lo sucedido en La Unión qué sabe usted?

D. J.—Cuando me enteré por los periódicos, de que demandaban á unos señores por gastos impagados de aquella elección, y de que sonaba, sin deber sonar, el nombre del Duque, me dirigí á don Pedro Ros Manzanares y le pedí que me mandase una factura de todas las cuentas pendientes, para adoptar la determinación oportuna, pues aunque el Duque no tenía nada que ver en ese asunto, no quería yo que su nombre circulase de boca en boca en unión del del señor García Vaso.

R.—¿Y qué contestó don Pedro Ros Manzanares?

D. J.—A los pocos días de mi requerimiento, me manifestó que había reunido los datos que le pedí; pero que enterado de ello don Juan Martínez Cónesa, le rogó que no me los facilitase, pues él estaba decidido á pagar esas cuentas y salir de una vez esa enojosa cuestión.

R.—¿Y no tuvo usted más noticias de este asunto?

D. J.—Ninguna: hasta que la prensa ha publicado el final de ese asunto, no he vuelto á saber nada; y celebró mucho que usted haya venido, para confesarlo—cosa que no acostumbro—y para asegurarme de paso, que no le reprocharé la indiscreción de contar al público cuanto hemos hablado.

R.—¿Es decir, que me autoriza usted para publicar esta sabrosísima interview?

D. J.—Con mil amores. Es muy justo que cada palo aguante su vela.

R.—¿Pero usted á quién hace responsable de todo esto?

D. J.—Yo no acuso á nadie. Sólo diré que tanto el señor Duque como el rico propietario, excelente amigo mío y dueño de muchas fincas y de varios automóviles, no tienen en lo ocurrido responsabilidad alguna. El primero porque según lo explicado no tuvo intervención en las gestiones que produjeron los gastos; y el

segundo, porque así en la gestión activa que al principio llevó, como luego, cuando las circunstancias le surgieron ciertas amargas reflexiones, se ha conducido con un desinterés, una abnegación y una caballerosidad insuperables.

Y con esto dimos por terminada tan agradable conversación.

Un curioso parlante.

Función benéfica

Madrid 17-9 m.

Ayer se celebró en el Teatro Real la función organizada á beneficio de las Casas de Socorro de esta. Digna representación admirabilmente la figura de «Juan José», siendo ovacionado.

Igual éxito obtuvieron los petionistas Gabaldón, Bajarano, Palomero, Gómez Hildaigó y Agullera.

Sobresalió Lopez Montenegro, La banda municipal y la orquesta del Real teatro, ovacionados. El público halló satisfacción.

En honor á Pelayo

Mañana noche á las nueve se celebrará en el Hotel Ramos el banquete organizado por la Asociación de la Prensa en honor al inspiado poeta D. Miguel Pelayo, presidente de dicha Asociación por su triunfo en los Juegos Florales últimamente celebrados.

Por acuerdo de la comisión organizadora en dicho banquete no habrá brindis ni discursos de ninguna especie.

Las tarjetas para asistir á dicho banquete pueden recogerse en el local de la Asociación de la Prensa, calle de Caballero Mauprat 34.

El cobarde lynchamiento

Leemos hoy en «La Tierra» un artículo titulado «El santo lynchamiento» que acredita á su autor de valiente.

Con mucha frecuencia nos tiene acostumbrados este diario á artículos de esta especie, siempre aconsejando á otros que saqueen, lynchen, peguen y maten á los que no piensen como ellos y los combaten en su propia campaña; pero aún no hemos visto un rasgo de hombría de ninguno de estos señores, en que ellos por sí se decidan á hacer, lo que desean que hagan otros.

Ese sistema del terror podía amilanar á otros y no á nosotros que esta-

mos convencidos que hacemos una buena obra desenmascando á los farsantes que sobre un falso pedestal de mentiras y de engaños se han levantado y tratan de impedir que con nuestra obra de independencia y de verdad se derrumbe toda la hojarasca.

Como quiera que hasta la fecha EL ECO DE CARTAGENA no ha escrito nada indigno por lo que tenga que arrepentirse, y de todo lo que escribe responde con personas solventes, nosotros aconsejamos á «La Tierra» que no continúe por ese cobarde sistema de eschuchar á los demás para que les saque las castañas del fuego porque pudieran en la refriega quemarse sin querer.

Ya sabe esa media docena escasa de señores entre los que se encuentra «Uno del pueblo», que aquí en EL ECO no se oculta el verdadero nombre del autor de cualquier trabajo. Y si algún agravio tienen ellos que reparar háganlo por sí que de ese modo resultará más gallardo su actitud y veremos de paso al sexo en todo su esplendor.

EL ECO DE CARTAGENA se vende en Madrid en el kiosko de la calle de Alcalá, frente á la Presidencia del Consejo de Ministros.

Virtuosismo

¡Qué hermoso descubrimiento! ¡Como aclaran los puntos oscuros que existían en la política local! Estamos que brincamos de alegría. Y nuestros lectores van á saltar de gozo.

Y cuando sepan la fausta noticia, mirarán como nosotros, á la Alcaldía y dirán como nosotros: ¡Ahora lo comprendo todo!

Que la noticia es agradable, no cabe duda.

¡Como que se trata de D. Apolinario!

Y nosotros, sólo nosotros, lo hemos descubierto.

Todos conocíamos á D. J. Apolinario en sus diferentes fases.

Boticario de Pozo-Estrecho. Gerente de la Levantina.

Alcalde de Cartagena.

Suministrador de medicamentos á la beneficencia domiciliaria (por cuanto vos contribuisteis, por supuesto).

Provedor de impresos, papeles, efectos de escritorio y demás cosas fantásticas, á la casa del pueblo, ó casa consistorial ó palacio municipal, ó casa de Técame-Roque.

—¿Quién se ha acostado ahí?—preguntó Marcasse.

—Únicamente el Sr. Humberto á el señor abate.

—contestó la campesina.

—¿Pero ayer no se ha acostado nadie?

—Hace dos años que no se toca esta cama.

—Pues está deshecha.

—Eso bien puede ser. Así quedaría la última vez que se sirvió de ella monseñor. Ahora, al hacerla, me he fijado que el Sr. Bernardo había dejado aquí un cepo.

—¿Y dónde está?

—La he puesto encima de una silla. Pero ¿qué es eso? ¿La han recogido ustedes?

Se buscó inútilmente por todas partes. La granja se puso en conmoción. Cuando nos convencimos de que aquellas pobres gentes no habían ocultado á nadie ni habían visto nada, tuvimos que tranquilizarnos, simulando que había parecido la capa perdida.

Nos encontramos Marcasse y yo en mi cuarto á las diez de registrar todo. Yo no había duda; yo lo que había visto no era un espectro.

Tejón, excitado por las voces de su amo, buscaba por todas partes. Se obtuvo en añadir la pared en el mismo sitio donde había visto la aparición. El inteligente animal movió servilmente

Regresamos al castillo, y al día siguiente supe que Marcasse había vuelto á la Roca Mauprat protestando que había ojiado algo.

me eso.

—Que se lo explique quien quiera. Yo no seré seguramente.

—Pues hace usted mal.

—Como quietas. No me gusta nada este cuarto y voy á respirar el aire puro.

—Pues yo volveré. Sé de lo que es capaz ese maldito Juan.

—Si hay algún peligro para mí ó para mi familia no puedo permitir que vuelvas.

Nada me contestó, limitándose á menear la cabeza muy preocupado.

Antes de marchar recorrimos la granja. El color no quiso presentarme á su mujer, pero ésta se resistió, yendo á ocultarse tras los árboles. Lo atribuí á la rústica timidez de su juventud, pero Marcasse me dijo:

—¡Una juventud de cincuenta años! Le repito que aquí hay un misterio.

—¿Pero qué puede ser?

—En sus tiempos estuvo en relaciones con Juan Mauprat, que no le pareció costal de paja. ¡Yo sé muchas cosas, muchas!

—Ya me las contarás. Ahora te ruego que no hables á nadie de lo ocurrido.

Marcasse calló, pero no pudo impedir que realizase sus investigaciones.